

La octava lectura:

treinta y cuatro años después

Miguel Ángel Granados Chapa



Este texto fue preparado especialmente para *Los Universitarios* por Miguel Ángel Granados Chapa, a partir de sus notas para la presentación del libro *Parte de guerra II. Los rostros del 68*, de Julio Scherer y Carlos Monsiváis, con prólogo de Juan Ramón de la Fuente (Aguilar/UNAM, México, 2002), que se llevó a cabo recientemente en la Casa Universitaria del Libro.

Julio Scherer los esperó, paciente, durante más de un cuarto de siglo. En 1975 el general Marcelino García Barragán confió al director de *Excelsior* que escribía sus memorias de 1968, y que “a su tiempo”, su hijo Javier García Paniagua se las haría llegar. Pasaron muchos años. Murió García Barragán. Murió García Paniagua, renuente siempre a entregar a Scherer los documentos ofrecidos, renovada siempre la promesa de ponerlos en sus manos. Sólo el 24 de marzo de 2000 Javier García Morales, nieto del general, hijo de su tocayo, cumplió la palabra del secretario de la Defensa Nacional bajo el presidente Díaz Ordaz.

Eran dos docenas de documentos. La mayor parte, copias de informes oficiales. Y dos textos preparados por el propio García Barragán, uno en forma de entrevista, en que responde a once preguntas formuladas por él mismo; el otro relata un encuentro del autor con el general Lázaro Cárdenas, a quien da pormenores de la participación militar en los acontecimientos del verano de 1968.

Generoso, sabedor del tesoro documental que había recibido, Scherer lo compartió con Carlos Monsiváis, su amigo de cuarenta años atrás, más cercanos cada día. Y del conocimiento compartido de aquel breve acervo surgió el libro *Parte de guerra. Tlatelolco 1968*. Las revelaciones (y la interpretación, cada quien desde su perspectiva, cada uno

con énfasis particulares, de Scherer y Monsiváis) imprimieron al nunca agotado análisis de aquellas jornadas un nuevo impulso, que se insertó en el que de modo más general sacudía al país entero: el PRI perdió la Presidencia de la República, condición indispensable para que sin la complicidad instalada en el poder se revisara aquella trágica porción de la historia mexicana.

Movido quizá por esa circunstancia, una persona no identificada (o apenas aludida: “un fotógrafo de Echeverría”, dijo de sí misma) puso en manos de la revista *Proceso* treinta y cinco fotografías inéditas. Tomadas inmediatamente después de la matanza del 2 de octubre, muestran la indefensión de los estudiantes que sobrevivieron y pronto serían acusados de la agresión que padecieron ellos mismos y sus compañeros muertos. Pero las fotos agregaban un dato más al triste paisaje humano. Aparecen en ellas algunos represores, identificables porque llevan la mano izquierda enguantada: el guante blanco que testigos reiteraron haber visto aquella noche lúgubre, y que eran portados por miembros del Estado Mayor Presidencial, según la revelación principal de García Barragán. De esa manera todo cuadraba de pronto: la visión de los vencidos era corroborada por la confesión del jefe militar de las operaciones y por la obra de un fotógrafo oficial.

La publicación, en diciembre de 2001, de esos testimonios gráficos, puso en la atención pública a los participantes en esa redada, posterior a la matanza. Entre ellos figuraba Florencio López Osuna, que al verse retratado, retrotraído al momento en que era estudiante de la escuela de economía del Politécnico, y único orador que pudo hablar en el mitin acallado por la muerte, sintió revivir el impulso de lucha, de denuncia. No pudo darle nueva vigencia. Apenas quince días después de la publicación de su inerte flacura en la portada de *Proceso*, una semana después de que instaba a “que se sepa de una buena vez” lo ocurrido entonces, su cuerpo fue hallado en un hotel de paso por el rumbo de Buenavista. Al presentar las fotos, que recibió en su oficina de Madrid, la corresponsal Sanjuana Martínez explicó los hechos y escribió también la nota que habló de la muerte de López Osuna.

Con esos ingredientes era precisa una nueva edición del libro de Scherer y Monsiváis. Le añadió sentido la decisión de la Suprema Corte de

Justicia, su “exigencia inequívoca” la llamó Julio Scherer en el prefacio al nuevo libro, de que sea investigada por el ministerio público la noche de Tlatelolco. Monsiváis preparó también un nuevo prólogo. Y la edición se completó con otro del rector Juan Ramón de la Fuente, pues la UNAM se sumó al esfuerzo editorial de Aguilar, para poner en circulación *Parte de guerra II. Los rostros del 68*.

EL TIGRE MARCELINO

La mayor aportación de García Barragán al conocimiento de lo ocurrido entonces es su admisión de que miembros de la guardia presidencial dispararon contra la multitud, vestidos de civil e identificados con el guante blanco. El ex secretario de la Defensa Nacional no exime de culpa, a tono con la versión oficial que compartió en los días de los hechos, al movimiento estudiantil. Pero revela que

© Hermanos Mayo/Acta





© Hermanos Mayol/CA

“la tarde del 2 de octubre, al presentarse el Ejército a darle apoyo a la policía preventiva, surgieron francotiradores de la población civil que acibillaron al Ejército y a los manifestantes. A éstos se sumaron oficiales del Estado Mayor Presidencial que unas semanas antes, como lo constatamos después, habían alquilado departamentos en los edificios que circundan a la Plaza de las Tres Culturas y que de igual manera dispararon al Ejército que a la población en general”.

La inculpación de García Barragán deriva no sólo de informes recibidos de sus subalternos, sino de la confesión que atribuye al general Luis Gutiérrez Oropeza, que de ayudante militar del secretario de Gobernación Gustavo Díaz Ordaz ascendió con él y ocupó la jefatura del Estado Mayor Presidencial. Por teléfono admitió que “de orden superior envié diez oficiales... armados con metralletas para apoyar la acción del Ejército contra los estudiantes revoltosos”. Y ante el reproche del secretario: “¿por qué no me informaste de esos oficiales a que te refieres?”, Gutiérrez Oro-

peza se justificó: “porque así fueron las órdenes, mi general”.

También establece distancia García Barragán respecto del ayudante militar de Díaz Ordaz en el adiestramiento que el Estado Mayor Presidencial recibió de miembros del Ejército norteamericano, en el uso de explosivos, algunos de los cuales fueron hechos estallar, en 1969, en el edificio de *Excelsior* y otros diarios. Scherer era ya —desde septiembre anterior— director de aquel periódico. Aun antes, como reportero y ayudante de la dirección general, Scherer había entablado con García Barragán una relación que se convirtió en amistad al paso de los años.

Por eso el periodista decidió centrar en la personalidad de “El tigre Marcelino” la porción del libro que le correspondió escribir, que así quedó titulada. El vínculo de García Barragán y Scherer se prolongó en la persona de García Paniagua, el hijo preferido del general. A diferencia de su padre, que descató al presidente Miguel Alemán y militó en la oposición henriquista, García Paniagua



fue un rudo ejecutor de la razón de Estado. Senador por Jalisco renuente y distante de Echeverría, conoció sus horas de máximo protagonismo en el sexenio siguiente, bajo López Portillo, de quien lo alejó el despecho: tras una atropellada carrera que lo llevó de la Dirección Federal de Seguridad hasta secretarías de Estado y la presidencia del PRI, no perdonó a López Portillo no el que le negara la candidatura presidencial, sino que lo hubiera engañado, como fue su permanente convicción.

Reportero avezado en la psicología de sus interlocutores, Scherer prefiere la semblanza, el trazo biográfico, la penetración en el alma de los personajes, a la composición del cuadro político en que actúan, aunque no rechaza emprenderla ni la realiza con insuficiencia. Por eso se detiene en las motivaciones de la acción, en los rasgos anímicos y aun en la descripción física, la directa y la que construye con un testimonio: “En una pequeña casa que daba al boulevard Manuel Ávila Camacho, el general García Barragán me trataba como a un hombre de su entera confianza. Alguna vez me recibió en

pijama, afiebrado por la bronquitis y protegido con el largo y grueso abrigo del Ejército. Escupía sin cesar y hablaba sin fatiga. Tenía presente al licenciado Díaz Ordaz. Observaba que había cambiado desde la noche de Tlatelolco. Otro era su ánimo, abatido el temperamento. Bromeaba sin naturalidad y reía con estrépito. Una tristeza gris solía cubrirlo”.

EL 68: LAS CEREMONIAS DEL AGRAVIO Y DE LA MEMORIA

Si Scherer es un retratista, Carlos Monsiváis escoge de preferencia las paredes para pintar. No rechaza el caballete, pero en el mural despliega con mayor desenvoltura sus capacidades. Se le celebra a menudo como cronista, pero nadie regatea méritos a sus ensayos, y es que su mejor género, el que nadie como él practica resulta de unir las condiciones de una y otro, de enriquecer la crónica con análisis y de nutrir con descripción y narraciones vivas la cavilación ensayística.



Por añadidura, Monsiváis está dotado de las facultades y los móviles del historiador y del investigador social. Para componer su trabajo sobre el 68 utilizó los documentos que García Barragán había hecho al fin llegar a Scherer. Pero fueron un punto de partida, el cimiento de una edificación cuya argamasa viene de la sociología, de la ciencia política y de la psicología de los individuos y de las masas, de la crítica literaria y de la comunicología.

“De 1968 a 1998 —dice al enunciar un faltante que en ese momento mismo está colmando— se ha publicado un número infinito o, si se es menos modesto, jamás cuantificable, de artículos, ensayos, libros, entrevistas, sobre las causas del 68 mexicano. En la descripción del Movimiento varias de las explicaciones son convincentes, pero sigue haciendo falta un análisis del espíritu de resistencia del 23 y el 26 de julio”.

Ese espíritu, y el que se acrisoló a lo largo de los meses siguientes, queda dilucidado por la informada perspicacia de Monsiváis. Bajo la apariencia de un recorrido cronológico, de un relato de lo acontecido hasta el dos de octubre (y aun después), Monsiváis examina las conductas de los protagonistas. Sin incurrir en la trivialidad, porque la grave condición de aquellos la rechazaría, se permite esbozos del humor que forma parte de su cosmovisión, humor que se convierte en ácido sarcasmo cuando enjuicia a los poderosos. A veces, con el estilo que consagró en su celebrada y añorada columna “Por mi madre, bohemios”, le basta encuadrar entre certeras apostillas textos de sus examinados para ponerlos en su lugar, que a menudo es el basurero de la historia.

Levemente, pero inevitablemente, Monsiváis aparece como protagonista del levantamiento civil de 1968, como militante de la Asamblea de Intelectuales, Artistas y Escritores y como redactor de algunos de sus manifiestos. Igualmente se recuerda a sí mismo, miembro de la redacción de *La cultura en México* —el suplemento de la revista *Siempre*— que deploró y valoró la renuncia de Octavio Paz a la embajada en la India, horrorizado por la matanza de Tlatelolco.

EL RECTOR BARROS SIERRA

Con razón, el rector De la Fuente asegura en su prólogo que la Universidad Nacional fue “víctima de los trágicos sucesos de 1968”, pues entonces sufrió una “de las más dramáticas” “provocaciones y embestidas que han intentado vulnerarla y que la han agraviado”. Tal resultado se produjo de muy diversas formas: el asesinato y el cautiverio de estudiantes y profesores, la persecución a muchos más, la destrucción de bienes universitarios y la ocupación de su sede principal, y el desprestigio que se intentó asestar a la Universidad misma y a sus autoridades, señaladamente el rector Javier Barros Sierra.

Uno de los documentos de García Barragán incluye una referencia a Barros Sierra, cuya naturaleza implica un problema hermenéutico y, sobre todo, ético. Si se concede veracidad a los informes del secretario de la Defensa Nacional sobre la participación del Estado Mayor Presidencial en la matanza del 2 de octubre, ¿es lícito no otorgarla al testimonio del general sobre el rector?

Según García Barragán, en su presencia el secretario de Gobernación Luis Echeverría “dio instrucciones” a Barros Sierra para “organizar una manifestación de maestros y alumnos de la Universidad y el Politécnico”. El propósito era abominable y, más aún, aberrante: “justificar ante la opinión pública la intervención de las fuerzas armadas”. Pero la maniobra les habría resultado fallida, pues en vez de unirse a ese fin avieso contra sus compañeros universitarios, el rector “escuchó el canto de las sirenas comunistas y creyéndose un héroe en verdad y tomando muy en serio su papel de caudillo prefabricado cometió la insensatez de izar nuestra enseña patria a media asta como protesta por la supuesta agresión a la autonomía universitaria; procedió también a rodearse de elementos contrarios al régimen gubernamental y a plantear un verdadero problema estudiantil que creció en forma alarmante ante el desenlace del 2 de octubre de 1968”.

En la indagación histórica se valida un documento en cotejo con otros y con el resto de las circunstancias presentes. En el párrafo anterior hay opiniones de García Barragán, destinadas a incriminar a Barros Sierra por lo ocurrido en Tlatelolco, y una sola referencia a hechos, la pretendida instrucción impartida por Echeverría al rector. Sin referirse de modo explícito a este testimonio de García Barragán, Monsiváis traza la conducta de Barros Sierra en forma tal que derriba la verosimilitud de lo dicho por el secretario de la Defensa Nacional.

Los hechos mismos lo contradicen: el rector izó la bandera el 31 de julio, un día antes de la manifestación. Y no se limitó a dar esa señal de duelo, sino que lo hizo explícito: “Hoy es un día de duelo para la Universidad”, dijo. Y en efecto encabezaría el primero de agosto una gran marcha. Allí adivinaría que en esas jornadas se jugaban “las causas más importantes, más entrañables para el pueblo de México”. Desde entonces hasta la hora de su muerte, tres años después, sería congruente con su actitud en favor de la autonomía y la capacidad de discrepar. La renuncia misma a la rectoría, que la comunidad le forzó a retirar, lo mostró poseedor



© Herminio Mojica

de una dignidad que faltó a quien presuntamente le dio instrucciones.

Monsiváis determina que ha habido siete lecturas, siete interpretaciones del movimiento desde que estaba ocurriendo y hasta que se le inserta en el resumen internacional del siglo xx. En la segunda versión de su libro, Scherer y Monsiváis ofrecen una octava lectura, la del momento en que es posible la justicia. ①